

Tomó con su mano crispada y nerviosa el brazo de Landa, y, sacudiéndolo con fuerza, le dijo:

—¡Cumpla usted con su palabra!

— Señor—dijo Landa—, he cumplido.

—No; usted debe fusilar inmediatamente a Juárez y a su ministerio. En manos de usted está el éxito de la revolución. Tenga usted valor.

—Me sobra—dijo Landa—, pero no me creo autorizado para esta matanza.

—¡Esta es la revolución!—exclamó el clérigo—Usted va a ser responsable ante la nación de esta debilidad.

—Si usted estuviera en mi lugar, le pasaría lo mismo.

—Sepa usted, señor teniente coronel, que éstos mismos le han de poner a usted un lazo al cuello.

—Está bien, pero no me atrevo.

—Pues yo sí—dijo el clérigo, y corriendo a donde estaba el oficial Filomeno Bravo, le dijo:

—Su porvenir de usted está hecho; su nombre de usted va a immortalizarse. Nosotros le ofrecemos a usted, bajo nuestra palabra, la banda de general; pero, en el acto, pase usted por las armas a ese hereje, a ese bandido de Juárez.

Filomeno Bravo entró con la guardia al salón, donde encontró en pie al señor Juárez.

—¡Fuego!—gritó con voz insegura.

Los soldados tendieron los fusiles.

El señor Juárez quedó impasible.

Oyóse entonces una voz tremenda que dijo con un terrible acento:

—¡Alto!

Tal vez el instinto de obediencia hizo suspender los disparos.

Guillermo Prieto se interpuso, y, con acento profético, inspirado, sobrehumano, les dijo:

—Soldados del 5.º, sois valientes; disparad vuestras armas en el campo de batalla, no contra los indefensos.

¡Yo os conjuro a que no atentéis contra la vida del Presidente de la República; él ha proclamado vuestra libertad; su persona es sagrada!

Los soldados, persuadidos por aquella voz, levantaron las armas y sin esperar más órdenes del oficial, salieron en desorden del salón.

IX

Landa se presentó y tuvo una explicación sobre la conducta de Cruz Aedo, teniéndola simplemente como un acto de audacia y no como una violación del armisticio.

El clérigo, que tenía puesto el ojo en la cerradura de la puerta, había seguido con vivo interés aquella escena.

—¡Malditos sean estos habladores—exclamó—, y estos soldados cobardes que no sirven para nada!

Rabioso salió de Palacio y se dirigió al obispado.

Landa, lleno de miedo y de cobardía, capituló, y dejó la plaza, seguido de una corta fuerza; porque los presidiarios y los ladrones se desbandaron en todas direcciones.

Aquel palacio tan suntuoso fué saqueado por los presidiarios que rompieron a balazos las vidrieras, destrozaron los muebles, desgarraron los cielos rasos, despedazaron las alfombras, saquearon los equipajes del Presidente y de los ministros, rompieron las camas de todos y robaron cuanto encontraron al paso, y todo en nombre del orden, de las garantías y de la religión.

Las campanas de los templos anunciaron que la reacción había perdido la más importante de las jornadas.

CAPITULO IV

¡VIVA LA RELIGION!

I

La guerra santa estaba proclamada.

Felipe II era un demagogo en comparación del general Zuola, que fungía de Presidente.

Los ministros oían misa antes del acuerdo; invocaban a Dios a todas horas.

Los infelices empleados tenían que darse golpes de pecho y santiguarse.

Los soldados traían al cuello medallas y escapularios; era una manifestación pública religiosa, que sobrepujaba al virreinato.

Las beatas con caras compungidas y las devotas jóvenes ostentando sus lazos «verdes» y los zapatos «rojos», para pisar el emblema de la revolución.

El Palacio era una corte de santurrones.

Las comunicaciones oficiales sacaban a relucir la religión y todos se afirmaban en sus creencias católicas.

El encono, el odio, el rencor más terrible, se exprimían contra las familias liberales, que a su vez satirizaban cruelmente a los reaccionarios.

A veces se veían perros vagabundos, llevando moños «verdes» en la cola.

Era una lucha sorda y enconada la de los partidos.

Los frailes aparentaban satisfacción, pero no lo estaban en su conciencia; comprendían que toda aquella farsa no era más que un triunfo efímero y que se les deparaban grandes infortunios.

El clero hubiera deseado estar como siempre en la sombra

y aprovecharse del triunfo; pero el partido reaccionario lo tenía como bandera y ellos recibirían a pecho descubierto la descarga.

Lo que jamás había pasado en México, tenía lugar en todos los puntos ocupados por los liberales, al grito de ¡Mueran los frailes!

Aquel grito era una sentencia.

No tenían fe en los soldados, pero no podían pasar por otra cosa.

Como eran los ricos, natural era que fuesen los estafados y así pasaba; les presentaban, como al Padre Gorenflot, del Bufón del Rey, por un lado una abadía y por otro una horca.

El clero iba envuelto en los sucesos, y correría peor suerte que aquel ejército que lo defendía.

II

Era la Semana Santa del primer año de la reacción.

Multitud de jóvenes liberales, en la mayoría estudiantes, se juntaban en la Catedral, para tomar nota de lo que pasaba.

El monumento de la Basílica era espléndido: sus Reyes, sus profetas, su mesa suntuosa, donde aparecía el Salvador con los apóstoles en torno, tomando el vino de la última noche.

Todo entre multitud de lámparas de oro y plata pendientes de las bóvedas, y miles de bujías encendidas, que rivalizaban con la luz del sol.

En el suntuoso coro, los canónigos rezando al son de una orquesta magnífica y del canto robusto de los artistas de música religiosa, y las frescas voces de los «coloraditos», como los tenores de la Sixtina.

Se había querido dar el aspecto de una resurrección.

Los estudiantes formaban dos hileras, por donde pasaban revista a todos los concurrentes.

Llegaban unas niñas con sus moños verdes y los estudiantes murmuraban con voz perceptible:

—Si fuera burro, me comía esa alfalfa.

Pasaba algún santurrón y lo devoraban a críticas:

—Parece un escaparate de cruces.

—Calla, hombre; las vende al por mayor.

—Este le ganó a Cristo.

—Por cada pecado se ha puesto una medalla. ¡«Cangrejos» para atrás!

Guillermo Prieto había escrito unos versos con el título «Los Cangrejos»; el maestro Balderas les había compuesto la música, y su popularidad era inmensa.

En los colegios, en las casas de vecindad, en las plazas, en el campamento, en todas partes se cantaban «Los Cangrejos», que eran una sátira contra los conservadores; casi fué el canto de guerra de la revolución.

Decíamos que era el Jueves Santo del año 1858.

Dos filas de soldados, con los gorros echados a la espalda, guantes blancos y vestidos de todo lujo, se extendían desde la gran puerta de entrada hasta el altar mayor de la Basílica.

—Ya estamos completos—dijeron los estudiantes—, y todos reunidos: frailes y soldados, la espada y el bonete.

—Ahí viene el «cinco de oros»—dijeron los jóvenes, aludiendo a que Zuloaga había dirigido una casa de juego.

Entró el Excmo. señor Presidente, lleno de bordados y con una cara de devoción muy marcada.

Seguían los secretarios de Estado, los miembros del Consejo, oficiales mayores de los Ministerios, y el secretario particular de Su Excelencia. Continuaban los magistrados de la Corte Suprema, los jueces de lo civil y de lo criminal, el Ilustre Ayuntamiento y todas las demás comparsas del presupuesto.

A un lado y a otro de la cruz y bajo doseles suntuosos, tomaron asiento el Excmo. señor Presidente, y a izquierda y derecha, las clases dignatarias y las apreciables familias del jefe del Estado y de los ministros, con lo cual quedaba completo el cuadro.

Oyóse un rumor en la entrada de la Catedral.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!—dijeron los estudiantes—Les tocó su turno a los protestantes y a los católicos, en una ensalada diplomática.

—¿Cuánto valdrán esos muñecos?

—¡Calla! ¡Si son calabazates de Guadalajara!

—¿Que estamos en Rusia?

—No, hermano, en el Congo.

—Todas esas cosas se llaman naciones extranjeras.

—Yo creía que se trataba de un «auto de fe».

—Precisamente, están quemando la constitución.

—El ministro americano falta.

—Ese está con nosotros; no sabe comulgar.

El cuerpo diplomático avanzó con solemnidad de ópera y tomó asiento bajo unos doseles.

Los ministros traían esos trajes oficiales que reservan para las fiestas públicas, llevando además unas espaditas como juguetes de niños, y unos pedazos de bastón o bastoncitos, que entonces estaban en boga.

Los estudiantes, salvo el respeto a las naciones amigas, se rieron de aquel aparato monárquico.

Comenzó la misa.

El Ilustrísimo señor Arzobispo bendijo los «óleos».

A la hora del reparto del pan eucarístico, todos aquellos hombres y aquellas damas se pusieron de rodillas; iban a comulgar «oficialmente».

Primero comulgó el Cabildo y toda la servidumbre de la Iglesia, para significar que la religión está sobre el Estado.

—Les van a servir la segunda mesa a los convidados—dijeron los estudiantes—y dejaron las sobras para los empleados.

Se acercó el Arzobispo al Presidente, que abrió la boca desmesuradamente, dando tortura a sus mandíbulas, y se tragó la hostia.

Siguieron por categoría los comulgantes; ya cansado el Arzobispo, pasó por alto a muchos de los concurrentes.

Después se acercó a las señoras, que estaban ufanas como si se sentaran a una mesa del Tívoli.

Toda aquella ceremonia no tenía nada de espontáneo; era una manifestación política enteramente.

Sonaron los clarines dentro del templo, cuyas bóvedas retumbaron.

Los círculos de múltiples campanillas giraron con grande estruendo y la campana mayor de la Catedral anunciaba que bajaba el Señor a la tierra para depositarse en el puro seno de los católicos.

—Es mucho ruido—dijeron los estudiantes—; vámonos al atrio a ver el desfile.

Por supuesto que al irse acercando cada individuo a la comunión, los estudiantes hacían su biografía.

—Mira a ese bribón; ése se robó una testamentaria.

—No sé cómo tiene valor ése otro para comulgar, cuando ya se comulgó los bienes de unos menores.

—Ese, ése de aquí, se va a ver a una vieja que tiene a escondidas de su mujer.

—¿Y ése otro? ¡Qué descaró! Está rico con lo que robó en la Aduana marítima.

—Y el otro, «amarrador» de albueros.

—¡Vamos; que todos se han arrepentido! Dios los perdone; pero no devuelven ni medio real.

—Si hay presidio en el cielo, todos éstos van a dar allá.

—Aquí, el que menos corre, vuela.

—Cállense, hombres. ¡Viva la religión!

III

En la noche, entre filas de soldados, que llevaban hachas encendidas, el Presidente, seguido de la misma comitiva, visitó las «Siete Casas».

Al pasar por San Francisco, cayó una lluvia de «barajas» sobre su señoría, recordándole sus buenos tiempos, arrojada de las azoteas por uno de los jóvenes estudiantes. Hubo una gran rechifla.

Al día siguiente, Viernes Santo, toda esa avalancha fué a la Adoración de la Santa Cruz y a entregar la llave del Sagrario.

Después de la procesión se retiró el Presidente y en el salón de Embajadores despidió a los católicos, que ya estaban fatigados de tanta ceremonia.

IV

Mientras Zuloaga rezaba «maitines» en México, Osollo y Miramón seguían una campaña activa sobre los principales Estados de la República, que con más o menos resistencia caían en poder de la reacción, iniciándose una guerra interminable.

Se ocuparon Jalisco, San Luis y Zacatecas, y el movimiento llegó a los confines de la República.

Hubo un hecho terrible que marcó la «guerra a muerte y sin cuartel».

El ejército del Norte, al mando del valiente coronel Juan Zuazua, avanzó sobre Zacatecas.

El general Manero defendía la plaza.

El historiador José Vigil da cuenta, en breves párrafos, de esa batalla:

«Pero el hecho más importante, que en aquellos días llenó de estupor a la República entera, fué la toma de Zacatecas. Las fuerzas del Norte, al mando del coronel don Juan Zuazua, que días antes daba por derrotadas en Carretas, y el general Miramón, atacaron aquella plaza el 27 de abril.

»Entre las posiciones más ventajosas para la defensa, por su situación dominante, y por lo escabroso y elevado del terreno, estaban las del cerro de la Bufa, situado al Oriente de la población: así es que el principal ataque se dirigió contra aquella posición, considerando que una vez tomada, era segura la victoria.

»Los fuegos se rompieron a las diez de la mañana, generalizándose luego durante el día; y, viendo que había anochecido, y que por lo poderoso de la posición era probable que no cediese en toda la noche, dispuso el jefe que el batallón Unión, al mando del coronel Pedro Hinojosa, fuese a relevar las tropas.

»Aquel refuerzo violentó el ataque, y a cosa de las ocho de la noche, se tomó la posición, en medio del vivísimo fuego que hacía el enemigo, quedando prisionero el general Antonio Manero, que mandaba en jefe la defensa.

»A la noticia de haber sido ocupado el Cerro de la Bufa, fueron cediendo las fuerzas que ocupaban la Ciudadela, la Parroquia y los conventos de San Agustín y Santo Domingo, donde, sin embargo, se hizo todavía y por algún tiempo una desesperada resistencia.

»A las doce de la noche había concluido todo, quedando en poder de las fuerzas liberales, además del general en jefe, sesenta jefes y oficiales, y más de cuatrocientos individuos de tropa y toda la artillería y equipos correspondientes.

»Zuazua desterró al obispo Vereca, que se hallaba en Zacatecas, expulsado de Monterrey, y aplicando la ley de conspiradores, fueron fusilados: el general Antonio Manero, el coronel Antonio Landa, el mismo que había traicionado al se-

ñor Juárez; el teniente coronel Francisco Aduna, el comandante de escuadrón Pedro Gallardo y el capitán Dreche.

»Aunque Miramón había fusilado ya a los prisioneros de Carretas, sobre aquellos patíbulos alzó su alarido la guerra civil, la muerte sin compasión.»

V

La víspera de la ejecución se encontraban un oficial alemán y Pedro el estudiante, aquel joven calavera que se había metido de mozo de bodegón en Puebla y denunció la conspiración de Uraga y Labastida, y a quien «Juan Gallinazo» había protegido.

Estaba en las fuerzas del Norte y se había distinguido en la toma de la Bufa, por su valor temerario.

—Cayeron en la ratonera—decía el fronterizo—. Dijeron que nos habían derrotado en Carretas; ya ven que todavía estamos en pie. Mañana serán ejecutados los jefes; lo mismo hubieran hecho con nosotros. Es necesario, como decía Manuel, tomarles la delantera.

—¿Qué Manuel?—preguntó Pedro.

—El teniente coronel de rifleros, un muchacho muy valiente y a quien quiero como a un hermano.

—Tome usted la mano; Manuel es como si dijera mi padre. El alemán le estrechó la mano.

—Y ¿dónde está?

—Fué a acompañar al señor Juárez, que ya se embarcó en el Manzanillo; va a dar la vuelta para ir a Veracruz.

—¡Diablo de caminada!

—Pero muy segura; ya lo tendremos muy cerca.

—La revolución no tiene término; o ganamos o se acaba el país.

—Sí, ¡guerra o muerte!

—Y a propósito—dijo Carlos, que era el mismo oficial que le había salvado la vida a Manuel en Salamanca—: aquí, tengo la lista de los prisioneros.

—La veremos; al fin tenemos que pasar la noche aquí en la guardia.

Sesenta y tantos eran los oficiales presos.

Carlos comenzó a leer los nombres y llegó al del coronel Altúnez.

—¡Cuerpo de Barrabás!—gritó el fronterizo—Este me debe una satisfacción y me la va a pagar.

—¿Le conoce usted?

—No, pero sé una historia.

—Diga usted.

—Pues, señor—dijo Pedro—, «Juan Gallinazo» amaba a una mujer pura y santa y la olvidó por una perdida llamada Etelvina, que fué causa hasta de su muerte. En fin, los hombres vamos por donde nos llevan, no por donde queremos.

—Siga usted.

—Esa maldita engañó a Juan, que en materia de amores es un animal; se la estuvo pegando con este coronel Altúnez.

—¡Demonio!—dijo el alemán.

—Este miserable se estuvo burlando como de un cualquiera. Juan lo busca para vengarse; pero yo estoy aquí.

—Es que está prisionero—observó el alemán.

—Mejor; me dará menos trabajo. ¡Ira de Dios! Pero tomemos un trago por «Juan Gallinazo».

Tomó la botella forrada de hule, que llevaba siempre colgada al cuello, y le ofreció al alemán, que la llevó a la boca.

—¡Conténgase usted, hombre!—gritó Pedro, al ver que Carlos empinaba de una manera que amenazaba llegar hasta el fondo.

—¡Magnífico aguardiente!

—¡Ahora yo!—y Pedro se tomó media botella.

El alemán le dió fin al aguardiente.

Como era natural, la conversación se hizo más íntima.

—Hablémonos de tú—dijo Pedro.

—Acepto—dijo Carlos, soltando una carcajada.

—Estos demonios de «mochos», así se los llama ya en todas partes a los reaccionarios, nos tienen un odio espantoso; veremos si mandan repicar en México.

—No es probable.

—La frontera les dará unas azotainas, que ya verán.

—¿Conque les dicen los «mochos»?—preguntó el alemán.

—Sí, por beatos y devotos. En México hay un convento que se llama de «Las Mochas», que está en Belén, y para que las cosas salgan ciertas, les hemos de cortar las orejas; es una idea que se me ha ocurrido ahora.

—Y es muy feliz—dijo el alemán.

—Y ahora mismo la voy a poner en práctica.

—¡Demonio!

—Pero yo tengo sed.

Se levantó y en la próxima tienda se habilitó de una caja de sardinas, pan y dos botellas de aguardiente.

—Ahora cenemos.

Destaparon las cajas y las botellas, y tomaron a tal extremo, que Carlos se quedó bajo la mesa.

Pedro estaba en pie todavía.

Se comenzó a pasear y reflexionaba: Si «Juan Gallinazo» estuviera aquí, ya hubiera hecho una barbaridad; ¿por qué no la he de hacer yo?... Además, se trata de vengar a un amigo, y más en estos momentos en que nos han matado a tantos... Daba grima ver a esa multitud de heridos y a tantos muertos. ¡Caracoles! ¡Si se ha «carneado» esta noche como demonio!

VI

Llamó a dos asistentes fronterizos, de ésos que ven el peligro y no lo temen, y entran hasta inconscientes en los lances más peligrosos.

No se oía la voz de Pedro; sí se escuchó la contestación de uno de los fronterizos.

— Está bien, mi capitán; si eso lo hago yo a las mil maravillas.

— Y yo—dijo el otro asistente—le corto la cresta a un gallo en un momento; después, una poca de ceniza, y cuento acabado.

— También he mochado a las mulas para reconocerlas y las orejas de mis perros.

— Pues ya saben: el coronel estará en el patio y allí se efectuará la operación.

— Entonces, vamos a echar un trago aquí a la tienda y estamos a la orden de mi capitán.

— Todavía nos acordamos de nuestros amigos muertos en Carretas; nos las han de pagar estos «mochos».

— Que no tarden—dijo Pedro.

Los asistentes se marcharon.

Pedro hizo llamar al coronel.

Altúnez se presentó con esa audacia que le caracterizaba.

— ¿Me van a fusilar?

— Todavía no—dijo Pedro.

— ¿Entonces?

— Entonces, lo que quiero saber es que me diga usted algo que no es de la campaña.

— Pues pregúnteme usted.

— Allá voy. ¿Usted tuvo relaciones con una joven llamada Etelevina?

— Sí—dijo el coronel—; estaba enamorada de un pobre diablo de quien nos reíamos a todas horas, hasta que descubrí otro enredo: tenía a la vez amores con un viejo rico. Me la llevé a mi alojamiento, le di una soberana paliza y la eché. Más tarde he sabido que andaba con un jugador y que lo había arruinado.

— ¿Y recuerda usted a ése que le ha llamado «pobre diablo»?

— Sí, era un «pinto», de esas canallas que traía el viejo Alvarez.

Una oleada de sangre se agolpó al cerebro de Pedro.

— Pues ese pinto es mi hermano; más aún, mi padre, todo se lo debo, y aunque no fuera sino por las palabras que acaba usted de decir, tomaría la revancha.

El coronel no respondió.

— Me basta decir al coronel Zuazua quién es usted...

— Sí—interrumpió el coronel—: el enemigo más implacable de los liberales, soldado de Santa Ana en la guerra del Sur, donde he derramado mucha sangre, soldado de Osollo y que he concurrido a todos los encuentros y que me he batido anoche hasta el último trance; ya lo sabe usted... Ahora denúncieme.

— No—gritó Pedro—; yo no denuncio a nadie.

— Pues hace usted mal, porque si hoy no me matan, mañana seré más temible y me vengaré hasta del mismo beneficio.

— Está usted loco.

— ¡Sí, furioso contra mi destino!

— Toda esa proclama que acaba usted de largar, no nos asusta; pertenece usted a esos baladrones de oficio, que hacen reír.

— Si no estuviera prisionero, contestaría de otra manera.

— Un hombre más en las filas enemigas, nos tiene sin cuidado; y para mostrarle a usted el poco temor, o más bien, ninguno, que le tenemos, bajo mi responsabilidad le voy a poner en libertad.

— Pues hace usted mal, señor capitán.

— Eso es cuenta mía. Lárguese usted; porque si permanece un momento más, ya me he contenido mucho, y pudiera pasar algo que no quiero.

El coronel se asustó al ver la ferocidad de la cara del fronterizo.

— Con permiso de usted.

— Vaya usted y no estime como un favor lo que hago por desprecio.

El coronel salió violentamente, diciendo:

— ¡Qué inocentes!... Todavía creen en las grandes acciones; si él hubiera caído en mis manos, ya estaría en el otro barrio.

— ¡Soy un imbécil!—exclamó Pedro—He contestado baladronadas con baladronadas; y cuando iba a vengar a mi amigo, resulta que he puesto a ese miserable en libertad...

Dobló la frente sobre la mesa y comenzó a roncar.

Los asistentes que regresaban de la tienda, vieron al coronel que salía del cuartel.

— Ya nos lo soltó el capitán. Ahora es la nuestra—dijo uno de los fronterizos.

— ¡A él!

Se arrojaron aquellos hombres terribles sobre Altúnez y lo aprisionaron con sus brazos de hierro.

El coronel no pudo evitar el ataque. Uno de los asistentes sacó una navaja perfectamente afilada, oprimió la cabeza de Altúnez sobre su pecho, y entregó el arma a su compañero.

El coronel estaba asfixiado.

El fronterizo, con una calma imperturbable le tomó una preja y de un terrible navajazo se la separó, quedándose con ella.

Bramó de furor el coronel y con su capote se puso a contener la sangre, no queriendo gritar, porque sabía que le costaba la vida.

Maldiciendo hasta Dios, y rugiendo de dolor, se tiró a andar

entre las sombras, perdiéndose en los suburbios de la ciudad.

Los fronterizos llegaron al cuartel y pusieron la oreja ensangrentada sobre la mesa donde dormía el capitán.

El alemán, que ya había dormido la «zorra», se levantó del suelo, apoyó la mano en la mesa y tropezó con la oreja de Altúnez.

—¿Qué diablo es esto?—dijo horrorizado.

Pedro se despertó y vió lo que pasaba.

—¡Qué barbaridad!

—¿Pero qué significa esto?—decía el alemán—¿Es tuya, acaso?

—No, es del coronel, y no te asustes; hoy hemos visto tantas piernas y tantas manos amputadas, que no es cosa de impresionarse por una oreja.

—¡Este hombre es el infierno!—dijo riendo el alemán.

Pedro envolvió cuidadosamente la oreja y la guardó en su cartera.

—Esta—dijo—, para «Juan Gallinazo».

VII

Se oyó el toque de diana.

Sin fórmulas pavorosas y sin ese aparato trágico de que revisten las ejecuciones, sacaron del cuartel a los jefes mencionados, y los fusilaron.

Aquel espectáculo era el de todos los días.

Luego que se retiró la tropa y que quedaron allí los cadáveres, Pedro le dijo al alemán:

—Mira, ése es Antonio Landa, el que se pronunció en Guadalajara contra el señor Juárez; es un traidor que ha llevado su merecido.

—Pudo ese hombre—dijo el alemán—haber decidido de los destinos del país, si ha asesinado al Presidente y a sus ministros.

—Hubiera sido un combustible el más poderoso para la revolución.

—Es verdad; pero tuvo miedo, le impuso la situación misma.

—¡Y ya la pagó ese bandido!—gritó Pedro.

Fijóse después en los demás, y, tomando del brazo a Carlos, le dijo:

—Mira, mira a ese hombre; respira todavía. ¡Demonio!

—Sí, estoy seguro de que no ha muerto.

En aquel momento llegaban unos frailes de la Ermita.

—Oiga, amigo—le dijo Pedro a uno de ellos—, mire: ese hombre, que es el capitán Gallardo, aunque le vea destrozada la cabeza, vive, vive todavía.

En el acto recogieron el cuerpo del capitán y se lo llevaron. Por uno de esos fenómenos inauditos, aquel hombre vivió.

Fué tal su espanto que permaneció dos años en el olvido y el silencio.

Cuando regresó a la capital, se encontró con que su esposa había pasado a segundas nupcias.

VIII

Muchos repiques, muchas fiestas religiosas, mucho solemnizar las victorias, pero ni un peso en la Tesorería.

Los puertos del Golfo del Pacífico ocupados por los liberales, las ciudades conturbadas, las haciendas destruidas, el comercio anonadado y en el Gobierno hombres sin iniciativa.

El clero quería que lo defendieran gratis y la situación se venía abajo por miseria.

El general Osollo declaró desde San Luis, que si no se le daban recursos, renunciaba, porque sus tropas estaban muertas de hambre y desnudas.

Miramón llegó a México y declaró que no sostendría más el orden de cosas, si no se le daba dinero; porque los soldados estaban al defeccionar, acosados por la miseria.

Las tropas que operaban en el Estado de Veracruz y que sitiaban el Castillo de Perote, defendido por el coronel Trejo, vendían el armamento para comer.

Entonces el Gobierno, con todo respeto, le pidió al clero «millón y medio» de pesos.

Los frailes se pusieron en alarma; hubo muchas juntas y notas y comunicaciones, y al fin se resolvieron a dar algo y con muchas condiciones.

Los capitalistas se reunieron, y un millonario, como muestra de celo religioso y reaccionario, se suscribió en «cien pesos», y eso ofreciéndole pagar; a los extranjeros ricos se los amagó con la deportación, para saquearlos.

Se extendió el empréstito a los Estados y comenzó el saqueo; y delante de la bancarrota y de la ruina del país, de las hecatombes y de la sangre y del incendio, el clero y la reacción, autores de aquel atentado sin nombre en la historia, gritaban: ¡Viva la religión!

CAPITULO V

UNA VENGANZA

I

Después de los terribles sucesos de Guadalajara, en que peligró la vida del señor Juárez, se dirigió aquel hombre predestinado al Puerto del Manzanillo.

Una caravana de hombres ilustres pasaba por las espantosas barrancas de Atenquique y de Beltra.